

¿Qué a ti? Sígueme tú

Hermanos, la reflexión que deseo compartir con ustedes en esta oportunidad, tiene por título “¿qué a ti? Sígueme tú” y está basada en Juan 21:22 que dice

“Jesús le dijo: Si quiero que él quede hasta que yo vuelva, ¿qué a ti? Sígueme tú.”

Introducción

¿Qué significa Juan 21:22?, la importancia y los mensajes que podemos conocer de este verso: Juan 21:22 - La voluntad de Dios en nuestras vidas ¿Qué nos enseña este versículo?

Desarrollo

Bueno hermanos, para una mejor comprensión de esta cita bíblica de reflexión, debemos ubicarla en el contexto, y este es el pasaje de Juan 21:18-23 en el que se lee lo siguiente:

“De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios. Y dicho esto, añadió: **Sígueme**. Volviéndose Pedro, vio que les seguía el discípulo a quien amaba Jesús, el mismo que en la cena se había recostado al lado de él, y le había dicho: Señor, ¿quién es el que te ha de entregar? Cuando Pedro le vio, dijo a Jesús: Señor, ¿y qué de éste? Jesús le dijo: **Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? Sígueme tú**. Este dicho se extendió entonces entre los hermanos, que aquel discípulo no moriría. Pero Jesús no le dijo que no moriría, sino: **Si quiero que él quede hasta que yo venga, ¿qué a ti?**”

En el pasaje vemos que Jesús acaba de predecir cómo Pedro moriría, con Juan estando cerca (Juan 21:18–20). Por curiosidad natural, Pedro preguntó sobre el destino de Juan (Juan 21:21).

La respuesta de Jesús en (Juan 21:22) no es una reprensión, ni siquiera una crítica. Es simplemente una pregunta retórica, es decir, «¿Qué diferencia haría esto en tu fe? ¡Solo sígueme!»

La respuesta de Jesús no es dura, pero es directa. Él no da ninguna predicción, sino que sólo señala que lo que le sucede a Juan no tiene nada que ver con la fe de Pedro. Pedro no necesita saber lo que le sucederá a Juan, ahora que Pedro ha sido restaurado, solo necesita obedecer 'Tú, sígueme.' Incluso si Juan viviera desde ese momento hasta la segunda venida de Jesús, no cambiaría el llamado de Pedro o su necesidad de obedecer a Cristo con fe.

Ese principio se aplica a los cristianos incluso hoy. Es bueno preocuparse por el destino de los demás. Deberíamos tratar de satisfacer sus necesidades y enseñarles sobre el evangelio, pero si «aceptan» o «niegan» a Jesús e incluso si viven o mueren, no cambia nuestra obligación de centrarnos en nuestra obediencia personal a Dios.

La fe cree que Dios hará lo que ha prometido, es confiar en que Dios honrará Sus promesas, y eso es todo lo que debemos hacer.

Nuestra parte en el proceso de fe es bastante simple. Debemos seguir nuestras vidas tomando decisiones, lidiar con crisis, crear nuestras familias, etc., confiar en Dios y saber que realmente hará lo que dijo que haría. Esto es lo que significa caminar por la fe.

El Espíritu Santo habita en el creyente y está listo para trabajar produciendo el carácter de Cristo a través de ellos. Todo lo que necesita es nuestra fe, ya que el Señor tiene un plan para cada uno de nosotros, y es nuestra responsabilidad vivir ese plan en obediencia y fidelidad.

Lo que el Señor planea para la vida de otra persona, y cómo esa otra persona vive el plan de Dios es asunto exclusivo del Señor y esa persona, no es nuestra responsabilidad, tal como Jesús le dijo a Pedro cuando le preguntó acerca de Juan.

Debemos alentar y ayudar a otros a cumplir el plan de Dios en sus vidas, pero no somos el Creador o el policía de este plan y propósito. Dios es totalmente capaz de tratar con cada persona individualmente, y nuestro papel es confiar completamente en Él con nuestra vida y la vida de los que amamos.

Por lo tanto, debemos creer realmente que Dios es capaz y tiene el control de todas las cosas y que Él desea nuestro bien eterno y es nuestra ayuda siempre y especialmente en tiempos de necesidad.

Cuando vislumbramos quién es Dios, qué es capaz de hacer y cómo desea ejercer todo el alcance de Su poder, presencia y provisión para ayudarnos, no podemos evitar sentir que la fe y la esperanza brotan en nosotros para producir una paz permanente.

Para comprender mejor lo anterior y a modo de ejemplo de nuestro diario vivir, A continuación hermanos un relato, anécdota o vivencia por todos nosotros experimentada de diversas formas:

«¡Por fin lo conseguí! ¡La gran oportunidad por la que he estado orando en el trabajo!» La voz de mi amigo estaba llena de emoción, y yo también me emocioné por el. Bueno, más o menos. Pues, para mi consternación, también tenía algunos... "otros sentimientos". Pensamientos no deseados. En algún lugar detrás de mi alegría genuina, una voz sombría susurraba: yo también he estado orando por una promoción, ¿por qué Dios no me ha dicho "sí"? ¿Por qué a el y no a mí?

En el momento en que esos pensamientos tomaron forma, sentí una oleada instantánea de vergüenza: ¿qué me pasa? ¿cómo pude pensar algo tan feo? »

Hermano, tal vez tú también has pasado por una situación similar, ver a otra persona recibir aquello por lo que has estado orando. Sinttiéndote feliz por ella, pero también luchando con el infame monstruo verde de la envidia.

La envidia es una de esas luchas internas complicadas que puede hacernos sentir una cantidad excesiva de vergüenza. Junto a los pensamientos envidiosos, oímos la cruel voz del enemigo que se burla, ¡cómo te atreves a luchar con la envidia! ¡eres una amigo sin amor!

Así que antes de abordar la envidia, vamos a dismantelar la vergüenza. Cuando mis pensamientos se desvían hacia la envidia, me resulta útil recordar la diferencia entre tentación y pecado. Todas tenemos reacciones instintivas en el momento. Por instinto, nuestra naturaleza carnal se inclina hacia pensamientos insignificantes y sentimientos egoístas. Pero simplemente tener un pensamiento envidioso en la cabeza no es pecado, es tentación.

Las Escrituras describen la tentación de esta manera según Santiago 1:14-15 que dice: "sino que cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen. Luego, cuando el deseo ha concebido, engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte" .

El pecado tarda en crecer en nuestros corazones. Los pensamientos envidiosos pueden contener la semilla de un pecado potencial, pero si no los regamos, no pueden crecer. Todas tenemos pensamientos envidiosos; lo que importa es lo que hacemos con esos pensamientos. Dios nos da el poder de elegir: ¿seguiremos a la envidia o seguiremos a Jesús?

Es precisamente este pasaje de reflexión, en el que Jesús tuvo una conversación con Su discípulo Pedro, que cambia nuestra perspectiva cada vez que experimentemos tentaciones de envidia. Según el pasaje, Jesús estaba preparando a Pedro para su futuro, insinuándole que un día sería martirizado (Juan 21:18-19). Pedro, tal vez sintiendo que estaba siendo injustamente señalado para sufrir, señaló a otro discípulo y preguntó, “Señor, ¿y este, qué?” (Juan 21:21b, NVI).

Jesús le dijo a Pedro: “Si quiero que él permanezca vivo hasta que yo vuelva, ¿a ti qué? Tú sígueme no más” (Juan 21:22).

La franqueza de Jesús aquí siempre sorprende, como imagino que sorprendió a Pedro. Sin embargo, el Señor no estaba siendo cruel, sino sincero. Jesús le estaba recordando a Pedro que Él tiene propósitos y caminos diferentes para cada persona.

La próxima vez hermano que te sientas tentado por la envidia, prueba a adoptar la lógica de Jesús y pregúntate con delicadeza: si Dios quiere que ese hermano o esa persona o amigo tenga esa bendición, ¿qué significa eso para mí? En otras palabras, si Dios quiere que ella recorra un camino distinto al mío, ¿Acaso eso cambia mi vocación?

Cada una de nosotros experimenta desvíos y obstáculos, cargas y bendiciones únicas. Cuando otra persona recibe algo que aún no tenemos nosotros, no nos está quitando nuestra bendición, simplemente está recorriendo el camino que Dios le ha trazado. Adoptar esta perspectiva nos ayuda a alegrarnos sinceramente con los demás en lugar de pensar: ¿por qué no me pasa a mí?

Puede que nunca sepamos por qué difieren nuestros caminos, pero podemos confiar en que todas estamos siendo pastoreadas por Dios, cuyo amor por nosotros es “tan inmenso como la altura de los cielos” como indica Salmo 103:1-14 que dice:

“Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, Engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, Hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones. Como el padre se compadece de los hijos,

Se compadece Jehová de los que le temen. Porque él conoce nuestra condición; Se acuerda de que somos polvo.”.

Jesús concluyó Su conversación con Pedro diciendo: “Tú sígueme no más” (Juan 21:22). Nuestros caminos son diferentes, pero nuestro llamado sigue siendo el mismo: no importa adónde nos lleve Jesús, debemos seguirle. ¿Por qué? Porque Jesús conoce el camino.

Cuando nos encontramos con decepciones o retrasos ... Jesús conoce el camino. Cuando nuestros caminos toman giros inesperados o no deseados ... Jesús conoce el camino.

Cuando necesitamos ayuda para combatir la tentación ... Jesús conoce el camino.

Lo mejor de todo es que, cuando seguimos a Jesús, nunca estamos solos. Él camina delante de nosotros, camina con nosotros, en cada paso que damos.

En este versículo, Jesús está hablando con Pedro después de la resurrección. Le está hablando sobre su futuro y lo que le sucederá después de su partida. Pedro, al ver a Juan detrás de ellos, le pregunta a Jesús qué le pasará a Juan después de que él se haya ido. En respuesta, Jesús le dice a Pedro que no se preocupe por lo que le pasará a Juan, sino que se concentre en lo que Dios ha llamado a Pedro a hacer. Esto nos enseña que nuestro enfoque debe estar en lo que Dios tiene para nosotros en lugar de compararnos con los demás o preocuparnos por lo que les sucederá a otros.

Este pasaje tiene varios significados y aplicaciones en nuestra vida cotidiana. A continuación, se presentan algunas maneras en que podemos aplicar este versículo en nuestra vida:

1. Enfócate en tu llamado: En lugar de preocuparnos por lo que podría sucederle a los demás o compararnos con ellos, debemos enfocarnos en nuestro propio llamado y lo que Dios nos ha llamado a hacer. Debemos fijarnos en nuestra propia misión y trabajar diligentemente en ella.
2. No te compares con otros: Compararnos con otros puede llevar a la envidia y la amargura. En lugar de centrarnos en lo que tienen o en lo que les sucede, debemos centrarnos en nuestra propia vida, nuestra propia alegría y en lo que Dios nos ha llamado a hacer.

3. Tenemos distintos propósitos: Todos tenemos un propósito único y diferente en la vida. En vez de sentirnos frustrados porque alguien parece tener más éxito que nosotros, debemos abrazar nuestra propia historia, aprender de nuestras propias experiencias y trabajar a nuestro propio ritmo para cumplir nuestro propósito.

Ocupémonos de nuestro seguimiento. Seamos estrictos en ello y concedamos cierta libertad a nuestros hermanos, con cada uno de los cuales el Señor tiene un Plan especial, un Plan "personalizado". No pretendamos todos hacer lo mismo, porque hay diferentes carismas y por lo tanto diferentes formas de agradecer a Dios.

Jesucristo no descarta a ninguno de nosotros, pero nos quiere ocupados en Su seguimiento, que en cada caso puede tomar diferentes manifestaciones externas, dependiendo de nuestros carismas. Habrá quienes lleven la Palabra del Señor, otros que la recuerden, otros que la escriban. Somos un solo cuerpo con diferentes funciones que habrá de funcionar con armonía y sincronía.

Pero esta Dirección es cuestión de Dios. Él nos muestra el Camino que nosotros debemos disponernos a seguir, sin que lo que hagan o dejen de hacer los otros tenga por qué quitarnos el sueño. Somos parte de un mismo cuerpo y cada quien debe cumplir sus funciones, confiando plenamente en el Señor.

La voluntad de Cristo es que sus discípulos se ocupen de su deber sin andar curioseando hechos futuros, sea acerca de sí o del prójimo.

Somos buenos para ponernos ansiosos por muchas cosas que nada tienen que ver con nosotros. Los asuntos de otras personas nada son para que nos entrometamos; debemos trabajar tranquilamente y ocuparnos de nuestros asuntos.

Se hacen muchas preguntas curiosas sobre los consejos de Dios, y el estado del mundo invisible, a las cuales podemos responder, ¿qué a nosotros? Si atendemos el deber de seguir a Cristo, no hallaremos corazón ni tiempo para meternos en lo que no nos corresponde.

Conclusiones

Todos cuantos hemos sido tocados por el Señor, hemos de seguirlo. Cada quien desde el carisma que le toque. No debemos perder tiempo en un excesivo celo en lo que hacen los demás hermanos, que para eso también ellos cuentan con el Espíritu Santo. Confiemos en Dios y en nuestros hermanos.

Hermanos, el Señor nos enseña en este texto a ser discretos, a no andar con chismes ni especulaciones respecto a los demás. Ocupémonos del seguimiento del Señor, especialmente en lo que concierne a nosotros, puesto que el Señor se ocupa de aquellos que están bien encaminados. Confiemos en Él y en nuestros hermanos.

Muchas veces somos víctimas de envidia y nos dejamos llevar por bajas pasiones, que, sobre todo en el caso de quienes ya tienen cierto recorrido, no deben darse. Nuestro deber es evangelizar, es decir, llevar la Palabra de Dios a quienes no la conocen, a fin que se conviertan y se bauticen. Esta es una tarea común.

Resumiendo hermanos, En los versículos medulares (Juan 21:21, 22) de esta reflexión, Pedro preguntó a Jesús cómo moriría Juan a lo que Jesús le contestó que no debía preocuparse por eso. Tendemos a comparar nuestra vida con otros, sea para racionalizar nuestro nivel de devoción a Cristo o para cuestionar la justicia de Dios, pero este versículo nos recuerda que cada uno de nosotros tiene un propósito en la vida y en lugar de preocuparnos por los demás, debemos centrarnos en nuestro propio llamado. Dios tiene cosas únicas y emocionantes en su plan para nuestras vidas, y debemos confiar en él y depender de él para guiar nuestro camino. A menudo, puede ser tentador compararnos con los demás, pero esta actitud puede dejar a uno insatisfecho y desanimado. Por lo tanto, debemos aprender a disfrutar de nuestra propia vida, trabajar diligentemente y confiar en Dios para encontrar nuestro camino hacia nuestro llamado y propósito y considerar hermanos que Jesús nos contesta en la misma forma que lo hizo a Pedro:

"¿Qué a ti? ¡Sígueme tú!"

